

Ceremonia Graduación Egresado '89, Psicología, Salón de Honor, marzo 30 de 1990.

Quiero decirles sólo unas pocas palabras.

La primera para desearles el mejor éxito profesional y una verdadera plenitud personal, para desearles que sean fieles a su vocación creadora, fieles a su vocación de servicio, y que no olviden nunca la responsabilidad que contraen hacia la sociedad.

Esa responsabilidad deriva de un hecho muy sencillo. El conocimiento, la formación profesional acabada, constituyen indudablemente una forma de poder social, una capacidad para intervenir, influir en las vidas de otros y en la vida de la sociedad en muchísimos aspectos. El rol del psicólogo en el trabajo, en la publicidad, en todos los ramos de la vida pública se hace cada vez más importante. Pero desde el punto de vista de ustedes, ese mismo poder, esa capacidad, los hace responsables de un aspecto del mundo en el que les tocará actuar. Justamente ese es uno de los aspectos fundamentales en que la ciencia y la tecnología contemporánea se distinguen de las que se concebían no hace mucho tiempo. Somos responsables en una cierta medida, bien definida, por el mundo en el que nos toca vivir. Somos responsables de su medio ambiente, somos responsables de sus equilibrios sociales, de su desarrollo integral. Nos está confiado.

Los cristianos sabemos que ese hecho de que nos está confiado arraiga inmediatamente en nuestra condición de criaturas hechas a imagen del Dios que crea y que conserva la creación. Por eso es que asumimos esa responsabilidad con alegría, sin temor, porque sabemos que al asumirla estamos actuando según la profunda intención de Dios sobre su obra. - Creación según intención de Dios-.

Nos toca vivir tiempos apasionantes, con profundos cambios sociales y políticos, que no podrán sino reflejarse en el terreno de acción de ustedes. Esos tiempos no son sin embargo la mera ocasión de complacencia. Son un requerimiento para cualquier profesional, pero especialmente para los que escogieron el camino que ustedes escogieron.

No podría sino recomendarles la más apasionada atención al acontecer cultural y social que los enfrente. Encarecerles la permanente dedicación al estudio. Todos los hombres experimentan, sufren y gozan en los caminos de la historia. Pero la tarea del profesional es aplicar a esas experiencias que van surgiendo todo el rigor de la ciencia, toda la capacidad del estudio entrenado y riguroso, para ir más allá de la superficie de los fenómenos y poder aportar un elemento siquiera de guía a sus contemporáneos. Un profesional universitario no es necesariamente un líder, en el sentido habitual de la palabra. Pero es siempre un atalaya, un vigía, que puede y debe iluminar el camino para otros.

Y un profesional cristiano tiene además algo que proponer, algo de lo que los hombres de hoy tienen verdaderamente hambre: tiene un sentido que proponer para la existencia, para la experiencia, tiene una luz que lo ilumina para ayudar a los otros a que encuentren ese sentido. Y esto que vale de cualquier profesional, creo que vale muchísimo más del psicólogo cristiano. Hay una tendencia en el ambiente a buscar que los hombres se adapten sin conflicto a los mandatos de un anónimo imperativo social. Yo estoy convencido de que eso es una mera ilusión y de que es un esfuerzo condenado al fracaso. Porque si somos hombres es porque estamos necesitados de plantarnos frente a la realidad como sujetos, y porque no podemos contentarnos con explicaciones banales que oculten nuestra trascendencia y que nos sustraigan a los grandes interrogantes sin los cuales no podríamos vivir.

Los grandes problemas morales, las exigencias éticas más hondas, los anhelos que brotan desde lo más profundo no se pueden suprimir con el simple expediente de ignorarlos. Es lo que intuía un hombre de tan agudas percepciones psicológicas como San Agustín cuando decía dirigiéndose a su Dios: "nos hiciste vueltos hacia ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que haya descansado en ti". Un descanso que no es ciertamente el de la pereza, sino el de quien encontró su verdadero sitio de trabajo.

En todo ese campo de las ciencias sociales y clínicas en relación con la psique, ustedes tienen la responsabilidad, mayor que nunca hoy día, de ayudar a los otros a ser plenamente seres humanos. Y digo mayor que nunca, porque son tiempos de libertad, y la libertad conlleva obligaciones que no podemos jamás desconocer. Si ella es el más señalado de los bienes, tenemos que tener muy claro cuáles son las condiciones ineludibles para que sea realidad. A los cristianos nos está dirigida como una admonición la palabra de Jesús! "...la verdad os hará libres...", que nos enseña que no hay libertad si no es en la verdad, y que la verdad sobre Dios, la verdad sobre el hombre, la verdad sobre el mundo, son el alimento de la libertad, y que no hay búsqueda de la libertad sin amor a la verdad.

Esto del amor a la verdad parece a veces una frase hecha. Pero yo creo que tiene un significado bien preciso y concreto. Ama el que prefiere. Amar la verdad es preferirla. Preferirla al propio interés, a las propias pasiones, a la tendencia a sumirnos en la complacencia sobre nosotros mismos. No la ama quien no se interesa por buscarla. No la ama quien no cree en ella y hace de esa falta de fe en la existencia de la verdad una pieza importante de su existencia. Pero el que prefiere la verdad, tiene en ese acto mismo, en ese ejercicio, con todo lo que él tiene de sacrificado y difícil, la mejor recompensa.

Muy cordialmente les deseo que sean hombres y mujeres que amen la verdad, que la prefieran, que la busquen, y que por medio de esa búsqueda y de lo que vayan encontrando en ella, sean capaces de iluminar el sentido de sus propias vidas, y de las vidas de quienes les estarán en cierta medida confiados. En ese camino irán descubriendo la forma en que cada uno de ustedes de una manera distinta está llamado a cuidar, guardar y desarrollar un trocito de la creación de Dios.